Telón de Agora

FEDRA

En el Ateneo se ha representado *Fedra,* de Jean Racine, traducción de Juan Ortega Costa, versión para la escena de Jorge Grau. Racine, y no sólo en nuestras latitudes, es tan glorioso como poco estimado. La belleza de su obra es intransferible y su dominio de los nervios hace al público ponerse nervioso o bostezar. Pero el valor de Racine, aunque haya que buscarlo con tesón de especialista como lo han hecho Vossler o Lytton Strachey, es innegable, entre otras cosas, por haber sido el primero que llenó el escenario con los estragos y el poderío del amor, como apunta el crítico Van Tieghem. Racine es más continente que sobrio. De ser al revés, hubiera estado más cerca del público. Pero la Academia, los Salones, la Corte del Gran Siglo eran lugares de continencia más que de sobriedad y Racine quería—y cantaba como cronista—ese mundo, tanto como seguir a Luis XIV a Marly-le-Roi.

A Racine *Fedra* le parece, aunque no se atreve a asegurarlo, su mejor tragedia. Fué al nacer la más desafortunada. No había nadie en el teatro. La duquesa de Bouillon había comprado todas las localidades. Racine unió a este hecho los escrúpulos de conciencia que le producía el arte escénico y se retiró. Tenía treinta y siete años. En todo fué Racine menos que Shakespeare, aunque sea curioso entre ellos cierto paralelismo. No tuvieron una clara vocación teatral. Entiéndase: su vocación—admitida—no estaba clara, sino enturbiada por otras ideas. Los dos autores son insustituíbles, cada uno en su medida. Y ambos se retiraron del teatro antes de morir.

Hay en *Fedra* una gran armonía. Las consabidas unidades de lugar y acción son impecables. No tanto la de tiempo. Fedra se empeña en agonizar desde el comienzo de la obra y hasta el final—en que esa agonía se hace efectiva por un veneno—han ocurrido dos muertes, la noticia de la muerte de Teseo, que luego se desmiente, y el regreso del rey a Trecenia. Evidentemente la agonía de Fedra es de amor, que mientras dura viene a ser un reconstituyente. Ningún autor hoy permitiría a un personaje suyo una agonía tan encendida, larga y habladora. Las dos vertientes del mejor teatro de Racine están en Fedra y Aricia, escéptica y creyente, atormentada y feliz. El más endeble es Teseo. Vencedor en combates mitológicos, va de un lado para otro sin enterarse de nada, con prudencia rayana en el miedo, sirviendo como instrumento al autor para

mostrar al público que "las menores faltas reciben los castigos más severos".

Fedra se montó con una cámara de cortinas y un pequeño trono, con la desnudez que era norma en el Hotel de Borgoña. La traducción de Ortega Costa, además de meritoria, fué pesada y poco eficaz teatralmente en muchos parlamentos. Con honradez digna de mejor causa, quiso verter al español los alejandrinos franceses. A Rubén Darío le hubiera costado trabajo. Hubo oscuridad debido a los retorcimientos de la rima forzada, y, como era de suponer, aunque no tenga importancia, muchísimos más tredecasílabos que alejandrinos. Enona, la aduladora vieja confidente de Fedra, no consiguió parecernos vieja. Por lo demás, quizá fué la mejor: Tachia Quintanar. Luego José Caride, en Hipólito; Marta Martorell, en Fedra, y Gemma Arquer, en Aricia. Discreta la dirección de Jorge Grau. El público aplaudió mucho.

El verano asoma y decae el interés de los estrenos. Acaso han tenido digno relieve *Gigi,* de Colette, en versión española de Huberto Pérez de la Osa sobre la versión escénica de Anita Loos, en el Recoletos, y *Tía Mame,* de Dennis, Lawrence, E. Lee, Luis Sáenz, Antonio de Cabo y José Frade, en el Lara. La primera, con un reparto excepcional bajo la dirección de Cayetano Luca de Tena, ha servido sobre todo para que contemos con una actriz joven que había dado ya muestras de talento: Nuria Espert. La segunda, con más de treinta y ocho personajes, ha divertido al público de Conchita Montes en una crítica a la sociedad americana con humor americano, humor por exceso, que tuvo un éxito duradero en U.S.A. y que unas veces acierta y otras no interesa. Conchita Montes, en un papel tan largo y disparatado, saca a relucir estribillos, apoyaturas cómodas en el diálogo, de las que nunca se ve libre del todo. Montar esta obra tan extraña, para un público elemental, supone sin duda gran esfuerzo. Víctor Andrés Catena contribuyó a las fiestas de San Isidro con *Romeo y Julieta,* en la Plaza de las Comendadoras. Tan célebre amor contó con la abulia de los micrófonos y la inseguridad del tiempo. Esperémosle en mejores circunstancias. Jorge Llopis sucedió con *Europa en Corsé* a *Gigi.* Una caricatura de la Europa anterior al 14. En realidad una evocación más, salvada por la gracia y la habilidad de Llopis. Un punto más—pasable—que añadir a ese cúmulo de evocaciones hediondas a que está entregada una gran mayoría de compatriotas en cine, radio y teatro. En fin, al Infanta Isabel han ido los amantes de la intriga a ver *La Visita Inesperada,* de Aghata Christie, en cuidada versión de José Luis Alonso, interpretada por el buen actor Manuel Dicenta. En la Feria del Campo, por último, Alfredo Mañas montó y dirigió, sin nada destacable, *Fuenteovejuna* y su propia obra, *La Feria de Cuernicabra.*

MEDARDO FRAILE.